

De la hostia, la sangre y la arboleda

Francisco Andrés Escobar

I

La grama tiene sangre en la pupila
y grumos de sustancia el muro inerte.
Linfá dolida reptá entre las hojas...
¡y una gran pesadumbre en la arboleda!

Quebrado el cuerpo, y más ausente el alma,
rotos los verbos por injusto fuego.
Tiñe la muerte con su caldo el suelo...
¡y una gran pesadumbre en la arboleda!

II

Ya no puedo atajar este silencio.
Se me escapa la voz del mudo duelo,
pues si el temblor no vino ante el despojo
y hasta mudos mis ojos parecieron,
es porque, a veces, el dolor nos vuelve
como estatuas de mármol, o de yeso:
cierra el párpado el dique de pesares,
el labio sella su palabra agreste,
sonámbula frialdad apresa el cuerpo
y el alma vaga sobre extraña fiebre.
No quiere maldecir. No es la blasfemia
el clamor de los labios taciturnos.
Ni los señalamientos. Ni los retos.
Ni las reivindicadas consecuencias...
Es otra cosa... ¡Dios!... es otra cosa...
...¡mi pozo de dolor se enraiza adentro!...

¡Es la noche del débil peregrino
al extraviar la luz de su sendero!

III

Usted, mi don Ignacio, era otro padre:
padre de quien no tiene más que sueños,
padre de quien no habla porque el miedo
le cercena la voz, le mata el gesto.
Usted, mi don Ignacio, era otro padre:
padre de estos eriales y senderos
donde, escasa la luz y corto el verbo,
el mal se ensaña entre los más pequeños.
A usted, mi padre Ignacio, no lo oyeron.
A usted nos lo mataron... así... en seco...
y hoy nos queda esta sangre barboteante...
¡y una gran pesadumbre en la arboleda!

Usted dejó su España, don Ignacio,
y optó por el dolor de esta otra tierra.
Y aquí, mi gran rector, en este insomne
país de las insidias y violencias,
país de las conjuras y denuestos,
—¡¡país simiesco de alarido y miedo!!
usted dijo su verbo iluminado
y en sangre dio su aurora más cimera.

Usted vino con Rahner y Zubiri
acobijados en morral de sueños.
Y buscó interpretar las realidades,

e imponer la razón como criterio para encarnar de Dios su mandamiento de empezar en la historia el alto Reino. Usted, mi don Ignacio —el Unamuno de esta su Salamanca que acompaña la pasión y la sed salvadoreñas— se internó en la verdad más dolorosa, descendió a sus raíces más primeras, y luego la entregó como maestro, o la vertió en palabras de profeta.

Usted hubo de habérselas, maestro, con la ciega corriente de los odios donde luchan los hombres por poderes colocados en márgenes opuestos. Y allí quiso mediar. Y confundieron: vieron la espina en el lugar del beso. Y en vez de aprovechar su augusta estirpe para ordenar “la patria mal vivida” —como dice otro grande entre poetas— trajeron a la muerte por consorte, cebaron con el odio su ojo ciego, y en la noche de sombras y alaridos fundieron la esperanza en el silencio.

IV

Usted reposa ahora, don Ignacio, con Amando, el arcángel consejero; con la “fe y la alegría” de aquel Lolo; con Segundo, el de barbas de dios Zeus. Con Pardito, silente y laborioso que alcanzó a Dios en su correr eterno; y con Nacho, conciencia inquisitiva que ha de encuestar los ángeles del cielo. Allí descansan de este rudo tiempo de congoja, dolor, llanto y miseria, y desde el gran martirio atribulado defienden a la vida en esta tierra. Elba y Celina, lirios de este pueblo,

reposan más allá de su silencio: ellas volvieron a su lar amable a dormir en la tierra primigenia.

Yo voy a recordarlo, don Ignacio, con su paso sereno en la arboleda, con la hidalguía del perfil altivo con que viste el Creador al intelecto. Con sus manos unguadas en aceite votivo de las hostias y las letras. Con sus ojos certeros y aguileños, con la razón de escudo sobre el pecho y el inflamado acento sobre el verbo. Así habrá de vivir, mi padre Ignacio, alumbrando las voces y el silencio, iluminando inviernos y veranos de esta casa que es suya, de este tiempo cuando al fragor oscuro de la sangre la paz responde con celestes ecos.

V

¿Qué más puedo decirle, don Ignacio?
¿Qué la luz de la tarde besa el muro con el perdón del beso comprensivo?
¿Qué furor por furor no es justa vía para aplacar daimones y delirios, y que debe brillar, sereno y limpio, el justo sol, en su alma tan querido?
Los brazos de la cruz, en el ocaso, extienden ambiciosos sus dominios con el perdón por lanza y por espinas...

...Debo irme pastor... padre... maestro... para seguir andando los caminos que llevan al amor y a su ancho alero. Adiós... y gracias... por palabra y vida... Gracias... por el martirio sacrosanto... Quede con Dios. El lava sus heridas. ¡Adiós, mi gran rector, mi don Ignacio!